

1916-2016: Cervantes por Darío

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ

*Decano
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Católica Argentina*

Un venturoso azar ha dispuesto que en 2016 confluyan muchos, acaso demasiados aniversarios literarios, aniversarios de esos que, por arrojar cifras redondas (o más o menos redondas), reclaman la atención unánime de universidades, académicos, investigadores, escritores y animadores culturales de variado cuño. Así, a las efemérides mayores que se cuentan por siglos, como los cuartos centenarios de Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso, o el centenario de Rubén Darío que aquí nos congrega, se suman otras por décadas, como los treinta años de Borges, o los ochenta de un grupo de escritores de enorme relevancia histórica que van de Unamuno a Lorca, pasando por Chesterton, Pirandello y Valle Inclán. Imposible abarcarlos a todos, desde luego. El presente volumen de *Letras* va dedicado, con incontestable justicia, a Rubén; pero tolerarán los lectores que estas palabras introductorias no se atrevan a un abordaje exclusivo del gran poeta americano, sino intenten la tarea —que él, conjeturo, no habría en absoluto desaprobado— de poner en correlato su figura con la de otro de los eminentes protagonistas de 2016, Miguel de Cervantes. A fin de cuentas, quien aquí escribe es un profesor de literatura española, y habrá de dispensármese el que me sienta más cómodo y menos intruso si en el trance de tratar de Darío me hago acompañar de quien me es más próximo y cotidiano, tan próximo y cotidiano como lo era, ciertamente, para el propio Darío, circunstancia que me anima y exculpa en mi propósito.

Les propongo compartir el soneto que Rubén dedicó a Cervantes, fechado en París en 1903 e incluido en la sección “Otros poemas” de *Cantos de vida y esperanza*:

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

Él es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso caballero,
parla como un arroyo cristalino.
¡Así le admiro y quiero,

viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino!

Estaría uno tentado de incluir sin más este soneto en la serie de composiciones darianas que, pasada ya la fiebre cosmopolita y afrancesada, vuelven la vista y el interés a España y a lo hispanoamericano. Pero hay algo más. Cervantes es para Darío algo más que un emblema cultural o una marca identitaria hispánica. Es una presencia amiga, íntima; es una gravitación humana. Es la compañía que atempera —y, nos atreveríamos a decir, brinda el sentido más profundo de— la tristeza inherente a toda vida. No en vano el soneto aparece enmarcado por esta referencia, y se menciona expresamente la tristeza tanto en el primer verso como en el último; entre ambos cabos, en el centro mismo de esa clave triste que signa de inicio a fin la vida de todo hombre, Cervantes es el remanso y el bálsamo. Por eso su apellido aparece encabezado por un coordinante adversativo: *Pero Cervantes...* Frente a cualquier tristeza, por enorme y profunda que sea, la vida nos permite contar con Cervantes; tristes estaremos, *pero* junto a nosotros estará siempre, ineludible, ese *buen*

amigo que *endulza* nuestros *instantes ásperos* y da reposo y contención a nuestros pensamientos más aciagos —*reposa mi cabeza*, dice el poeta—. Por ello, porque su función es la de acompañar nuestras tristezas, dolores y cavilaciones, el tipo de amistad que brinda Cervantes no es el de la fiesta o la algarabía grupal, no es el del bullicio o la expansión colectiva, sino el de la amistad íntima y exclusiva, esa que no viene a romper con nuestra raigal soledad, sino a sumarse a ella con la suya para darle un contenido sin desvirtuarla: *Horas de pesadumbre y de tristeza/ paso en mi soledad. Pero Cervantes/ es buen amigo*. Es el amigo *de* nuestra soledad y *en* nuestra soledad. Tan amigo es, que se hace solitario y apesadumbrado con nosotros; no pretende alegrarnos, sino acompañarnos y —lo que es casi sinónimo— compadecernos.

Cervantes nos asiste, sugiere Darío, sin violentar ni contradecir nuestros estados de ánimo más propios, sino haciéndolos suyos, haciéndose nosotros, como cabe a todo buen amigo. Nos acompaña desde el interior profundo de lo que somos, plegándose a nuestra identidad, fortaleciéndola y nutriéndola. Es un amigo *connatural*, y así puede decir el poeta de él que *es la vida y la naturaleza*: como ellas, nos alimenta y sostiene silenciosamente, desde dentro de nosotros mismos, como una fuerza a la vez superior y propia. Cervantes no es la vida misma y la naturaleza misma a la manera en que puede serlo —por caso— un Lope de Vega; no es principalmente —aunque también, desde luego, pueda serlo— la expansión y la variedad polícroma de las energías vitales; Cervantes no procede, como Lope, por acumulación y por extensión, sino por interiorización y profundidad; no es macrocósmico, sino microcósmico; no es la multitud, es el hombre. De hombre a hombre, pues, proporciona a su lector y amigo Darío aquello que la naturaleza brinda a todos: protección y solaz, fuerza y placer. Protege y fortalece a Rubén dándole un yelmo que lo defienda y asista en los peligros, pero ese yelmo debe ser de Rubén, y de nadie más; debe dar, junto a la protección y el amparo, el placer y el gusto que son propios de Rubén, debe concordar con las aspiraciones y las íntimas necesidades de quien lo ciña. Por eso el yelmo es *de oros y diamantes*. Podría decirse que, siendo un don de la naturaleza-Cervantes para su hijo y amigo Rubén, se trata de un yelmo modernista, de una poética concordancia de fuerza y delicadeza, de necesaria dureza e inexcusable hermosura; conviven en él la fragua de hierro de la caballería andante y la orfebrería finísima del mester poético parnasiano. Porque no es

cualquier yelmo, es el yelmo con que el poeta protegerá, cual nuevo don Quijote, sus *sueños errantes*. Los sueños de Rubén, como los del hidalgo manchego, son doblemente errantes: lo son porque deambulan, porque itineran, mas lo son también porque yerran, porque se equivocan. Esta feliz anfibología del término, que se remonta al castellano medieval en virtud de la confluencia en un único resultado *errar* de dos étimos latinos bien distintos, *itinerare* y *errare*, acaso encierre en insuperable fórmula lo más esencial de toda vida humana, que es, por definición, un camino y un yerro, un equivocarse porque se camina, un caminar y tropezar a cada paso.

El octavo verso del soneto, casi equidistante en términos prosódicos del inicio y del final, constituye no solo el centro métrico del poema, sino también su núcleo semántico, su perfecta síntesis, su decantada clave: *Es para mí: suspira, ríe y reza*. No conozco, en toda la literatura y en toda la crítica que pueda recordar, un rótulo más preciso y acabado para definir a Cervantes y al tipo de relación que Cervantes cimenta con sus lectores. Debería cincelarse en cada busto o retrato suyo, en cada placa conmemorativa, en cada ofrenda. Por ser la vida y la naturaleza, Cervantes es la síntesis de todo aquello a lo que la vida se reduce, ¿y es la vida, acaso, algo más que sufrir o suspirar, que gozar o reír, y que preguntarse, así en el dolor como en el placer, por el sentido de todo esto, por la oculta o evidente razón de todo esto, por eso a quien llamamos Dios y a quien, consciente o inconscientemente, con fe o sin ella, rezamos día tras día al formularnos la ansiosa pregunta? Pero nótese que el sufrimiento de Cervantes no es patético o enfático; no clama, no grita, no llora: apenas *suspira*; nos dice, sí, su pena, pero lo hace con la debida sordina, con la sobriedad, con el buen gusto que es propio de caballeros y de hombres cabales. Jamás vocifera. También su alegría y su risa son así, enemigas del ruido y de la sátira violenta, siempre acariciadas por la serena ironía y por la caritativa comprensión. Y tras ese dolor que no clama sino apenas suspira, y tras esa risa que no se burla sino apenas chaceo con afecto, es precisamente el rezo, esa omnipresente actitud de rezo, la clave de la profunda humanidad y la profunda divinidad de este artista gigantesco, de este —como continúa diciendo Darío— *cristiano y amoroso caballero* que, en las antípodas de cualquier énfasis, de cualquier ostentación de sufrimiento o de gozo, habla con el medio tono, con la coloquial llaneza en que mejor se expresan las verdades, *parla como un arroyo*

crystalino, con frescura, con transparencia, con amable sonido, lo cual hace exclamar a Rubén: *¡Así le admiro y quiero!*

Así admira Darío aquello que en Cervantes resulta espontáneo y elemental, y que en él, en cambio, ha sido el fruto de una larga y trabajosa maduración artística. Así valora Darío en el máximo novelista de todos los tiempos el don de la verdadera poesía, la que antes está hecha de inapelable naturalidad que de construido artificio. Al cabo de un largo camino Darío ha finalmente advenido, también, a este supremo don, y entonces vuelve su mirada al genio natural, al prístino Cervantes, que poseyó ese don desde siempre y lo ofreció a los hombres con gesto parco y llano, como quien convida un vaso de agua o un poco de pan al peregrino que toca a su puerta, y al hacerlo le es dado *que regocije al mundo entero*. Frente al poema que acabamos de leer cabe preguntarnos de quién habla más el texto, si del Cervantes a quien está dedicado, o del Darío que lo compuso. Acaso como Cervantes en su don Quijote, lo que hace Darío en su Cervantes es ensayar el autorretrato de su deseo, de su aspiración, de su peculiar mundo posible. Si algo nos ha enseñado la novela cervantina es que la identidad más profunda y real de los hombres no reside en lo que estos son, sino en lo que estos aspiran a ser; con su retrato de Cervantes, Rubén nos da la clave de sus propias aspiraciones como artista y como hombre, y nos confiesa, en plena madurez poética y vital, que lo que se propone es, nada más ni nada menos, que suspirar, reír, y rezar. Y vaya si lo ha logrado usted, amigo Rubén. También endulza usted nuestros instantes ásperos, y reposa nuestras cabezas. También alienta usted en nosotros como la vida y la naturaleza mismas, y nos regala generoso su yelmo de oros y diamantes para proteger la errancia de nuestros cansados sueños. Buen amigo Rubén, cristiano y amoroso caballero: también usted es, no lo dude, *para nosotros* ¡Así lo admiramos y lo queremos!

